

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Judith de la Torre Rendón

“Niceto de Zamacois”

p. 549-572

Historiografía mexicana. Volumen IV. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general)

Antonia Pi-Suñer Llorens (coordinación del volumen IV)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

1996

590 p.

ISBN 968-36-4991-2 (Obra completa)

ISBN 968-36-4995-5 (Volumen IV)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_04/historiografia_mexicana.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



NICETO DE ZAMACOIS

JUDITH DE LA TORRE RENDÓN*

DATOS BIOGRÁFICOS

Niceto de Zamacois¹ nació en 1820 en Bilbao, Vizcaya. Fue hijo del matrimonio entre Miguel Zamacois y Ramona de Urrutia, y se contó entre los primeros dieciocho hijos que don Miguel procreó en dos matrimonios. El joven Niceto se desarrolló en un ambiente familiar fuera de serie, ya que tanto sus hermanos como él prefirieron dedicarse al cultivo de las artes, las maromas cirqueras y la educación de tigres, en lugar de ocuparse en profesiones y oficios conocidos por aquel entonces. Sin lugar a dudas, este núcleo familiar tan peculiar nos explica al Niceto de Zamacois poeta, novelista, dramaturgo y publicista en que se convirtió a su llegada a México en 1840.²

Si bien este contorno nos ayuda a explicar con profundidad el porqué de las acciones de este personaje, no debemos perder de vista la circunstancia histórica que lo acabó de moldear. En efecto, Zamacois

* Doctoranda de El Colegio de México.

¹ Para mayores detalles sobre la vida y obra de este autor, véase Judith de la Torre, “Niceto de Zamacois y la búsqueda de la reconciliación de la sociedad mexicana”, tesis de licenciatura, México, UNAM, ENEP-Acatlán, 1990.

² Pocas fueron las fuentes en las que pudimos encontrar datos sobre la vida de don Niceto. Revisamos cerca de diez obras de carácter diccionario-enciclopédico-biográfico, y sólo en cinco de ellas logramos pobremente nuestro objetivo, ya que en cada obra se decía casi lo mismo. Estas últimas obras son: *Diccionario de escritores mexicanos*, México, UNAM-Centro de Estudios Literarios, 1967; *Enciclopedia de México*, México, Instituto de la Enciclopedia de México, 1966; *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*, Bilbao, Espasa-Calpe, 1930, v. 70; Enrique Cárdenas de la Peña, *Mil personajes en el México del siglo XIX (1840-1870)*, México, Banco Mexicano Somex, 1979, t. III; Juan López de Escalera, *Diccionario biográfico y de historia de México*, México, Magisterio, 1964, t. III. También pudimos obtener datos sobre su vida en Daniel Muñoz y Pérez: “Datos biográficos para nomenclatura. Don Niceto de Zamacois”, en *El Universal*, 14 de junio de 1956. Afortunadamente logramos conseguir dos obras del escritor cubano Eduardo Zamacois, sobrino de don Niceto, que nos informaron sobre el clan vizcaíno (véase E. Zamacois, *Un hombre que se va. Memorias*, Buenos Aires, Rueda, 1969; *Confesiones de un niño decente. Autobiografía*, Madrid, Renacimiento [s.f.]).

creció y vivió los veinte primeros años de su existencia en una España que se debatió en un ambiente de luchas entre grupos liberales y conservadores, que pretendían encauzar ya el rumbo de la nación española hacia la modernidad constitucional, ya la permanencia del régimen tradicional. Uno de los acontecimientos más drásticos que le tocó presenciar a Zamacois fue la guerra carlista que estalló en 1834, y que tuvo como uno de sus principales escenarios a su natal Bilbao. Este ambiente tan caótico debió dejarle una profunda huella, y un afán enorme de paz y estabilidad, o lo que es lo mismo, un afán por conservar.

Las devastadoras guerras partidistas también las encontró en nuestro país a su llegada en 1840. Zamacois pisaba por primera vez tierra mexicana y serían, sin tenerlo previsto, casi diecisiete años ininterrumpidos los que permanecería en ella. Durante esta primera estancia del vizcaíno en nuestro país vivió en una circunstancia similar a la que había dejado en España, en la que liberales y conservadores se disputaban el poder de la nación. Seguramente este contexto terminó de perfilar su carácter y su pensamiento, convenciéndolo en su afán por conservar. Nada afecto a los cargos públicos, cualidad, recordemos, que le venía de familia, prefirió ocupar la mayor parte de su tiempo en la creación de trabajos literarios y en estrechar los lazos de amistad con la elite intelectual mexicana de aquel entonces. Fue así como se fue desarrollando un gran acercamiento con México, acercamiento que incluso lo llevó a contraer nupcias, en 1843, con la mexicana Francisca Rubio, con la que tuvo dos hijos.

La producción literaria de don Niceto fue bastante copiosa. Convencido de que el que mucho redacta todo abarca, este personaje decidió incursionar en todos los géneros, a los que casi siempre imprimió un toque romántico traído consigo de España. Unos años después de su llegada a México comenzó a escribir poemas, muchos de los cuales quedaron impresos en libros como *Los entretenimientos poéticos*, *La guerra de los carlistas*³ y *Ecos de mi lira* (1849). A sus versos siguió un incontable número de obras para teatro y zarzuela, traducciones del francés al español, ensayos, artículos costumbristas, novelas satíricas e históricas y artículos periodísticos. Si el romanticismo descolló en las líneas de cada trabajo, también la creencia religiosa y la formación moral adquiridas en su tierra natal se hicieron manifiestas en la redacción de *La educación de la juventud*, *Salud del alma*, devocionario en verso (1851), y *El libro de la educación religiosa y moral*. Recibió varios reconocimientos por sus obras. Las representaciones tanto teatrales como de zarzuela fueron ovacionadas por el público y la crítica. Además

³ Al parecer estas dos obras se encuentran perdidas.

la mayoría de sus versos fueron reproducidos en las obras de otros autores.

La escritura cotidiana lo enlazó estrechamente con los intelectuales mexicanos de aquel entonces, no importando el credo liberal o conservador que profesaran, aunque don Niceto se vinculó más con este último grupo en la medida en que la crisis nacional se hacía más aguda. De cualquier manera, a lo largo de los diecisiete años de la primera convivencia con el medio mexicano, nuestro escritor compartió, con unos y con otros, la ansiedad por crear a través de la literatura, y antes que en la historia, una conciencia nacional. El origen hispano no impidió que naciera en Zamacois este interés, pues, como nos dice Daniel Muñoz y Pérez, “fue un enamorado de nuestro país”,⁴ a lo que se sumó la estimación de una segunda patria en que tuvo a México. Así en el caso de Zamacois podemos considerar a los años cincuenta entre los más prolíficos de su producción literaria, en la que, al lado de la exaltación de la esencia mexicana, honró el patriotismo y emprendió la obsesiva búsqueda por reconciliar a los mexicanos. A partir de la publicación, entre 1850 y 1851, de su libro *Los misterios de Méjico*, inspirado en *Los misterios de París* de Eugenio Sue, ya podemos apreciar la existencia de estos lineamientos literarios.

En cuanto a los apuntes costumbristas, en 1855 don Niceto colaboró, al lado de Hilarión Frías y Soto y de Ignacio Ramírez, liberales de la más arraigada pureza, entre otros no tan “puros”, en la redacción de la obra *Los mexicanos pintados por sí mismos*; en ella destacan los tipos populares de la sociedad mexicana, como la casera y el criado, que fueron descritos por el escritor español.⁵ En ese mismo año escribió “La plaza de San Juan”, otro texto sobre las costumbres de nuestro país, que formó parte de *Méjico y sus alrededores*.

Los propósitos para conformar una cultura nacional y un ambiente de concordia abarcaron también a los artículos periodísticos que Zamacois realizó como editor y redactor de *La Espada de Don Simplicio* a partir del primero de enero de 1856 y durante el resto de ese año.⁶

Durante la década de los cincuenta, aunado a la búsqueda de la

⁴ D. Muñoz y Pérez, *op. cit.*

⁵ N. de Zamacois, “La casera” y “El criado”, en AAVV: *Los mexicanos pintados por sí mismos*, Querétaro, Ediciones del Gobierno del Estado de Querétaro, 1986, t. II (Col. Autores de Querétaro, 3).

⁶ Cabe señalar que, en este mismo campo, también redactó, unos cuantos años atrás, varias columnas de *El Universal*, importante órgano difusor del conservadurismo, compartiendo planas con Alamán, Elguero, Tagle y Aguilar y Marocho, estimados entre lo “más granado del pensamiento conservador” (véase Ma. del Carmen Ruiz Castañeda *et al.*, *El periodismo en México. 450 años de historia*, Acatlán, UNAM, ENEP-Acatlán, 1980, p. 179).

reconciliación de la sociedad mexicana, Niceto de Zamacois promovió el reencuentro entre mexicanos y españoles. De este modo, coincidió con su coterráneo Anselmo de la Portilla en el anhelo por que se concretaran el entendimiento y la fraternidad entre estos dos pueblos. Al sobrevenir en 1857 una grave crisis diplomática entre México y España, el logro de este ideal se hizo aún más apremiante. Tras producirse la ruptura definitiva de relaciones en enero de ese año se desencadenó una oleada de intranquilidad entre la colonia española residente en México pues, al suscitarse en algunas partes actitudes antihispanistas y atentados contra las vidas de españoles, creyó recibir agresiones por todos lados y, en consecuencia, varios españoles decidieron abandonar el país a la mayor brevedad posible. Es muy probable que la salida, por aquellas fechas, de Niceto de Zamacois rumbo a España, obedeciera a esta misma causa. Pero, igualmente, es innegable que él, a diferencia de otros coterráneos suyos, partió con la esperanza en que México y España volverían a establecer sus vínculos de fraternidad.

Ya establecido en la península ibérica, Niceto de Zamacois continuó con el oficio de escritor. Tan sólo al llegar a su inolvidable Bilbao, trabajó para el periódico vasco *Irurac-Bat* y, más tarde, al trasladarse a Madrid llenó, durante los meses de julio, agosto y septiembre de 1857, varias de las primeras planas de *El Museo Universal*. A través de este importante medio de difusión, empleó la pluma como bandera de conciliación que acercara nuevamente, y con lazos más sólidos, a México y España, porque consideró que el reencuentro requería de un mejor conocimiento por parte de los españoles sobre el México moderno e independiente. En particular, la labor que realizó en el importante órgano de difusión madrileño le valió que José María Lafragua, ministro enviado a aquella capital con el fin de resolver las desavenencias diplomáticas —que no consiguió—, lo felicitara porque “estaba prestando un verdadero servicio a México”.⁷

Tales propósitos no se concentraron únicamente en el campo periodístico, sino que también publicó, en 1859, *El capitán Rossi*, novela histórica en la que, al lado del relato de la famosa expedición de Barradas para reincorporar México al sistema colonial, también describió los sitios más notables de la nación. No sabemos la fecha exacta, pero, al parecer en 1860, Niceto de Zamacois retornó a suelo mexicano, cuando la intervención militar aún no se llevaba a cabo sino que tan sólo prevalecía un compás de espera.

El recibimiento del archiduque Maximiliano, el inicio y término de “tertulias, juegos, bailes” y la implementación monárquica de políti-

⁷ N. de Zamacois, *Historia de Méjico*, t. XVIII-B, p. 1775.

cas liberales en el Castillo de Chapultepec son hechos de los que Zamacois fue observador y sobre los cuales escribió en las columnas de los periódicos imperialistas: *El Cronista de Méjico* y *La Sociedad Mercantil*.⁸ Fue precisamente durante su estancia en esta capital cuando se dedicó a recopilar el material necesario para escribir su *Historia de Méjico*, motivado, probablemente, por las conferencias que Manuel Larrainzar había dictado en la Sociedad de Geografía y Estadística sobre la necesidad de elaborar una historia integral de México. A lo que se sumó su preocupación por indagar, identificar y difundir los orígenes y rasgos culturales de la nación mexicana, los cuales servirían como elementos unificadores de los mexicanos.

Al triunfo de la República, en 1867, Niceto de Zamacois permaneció en territorio mexicano y formó parte de la Sociedad Católica de México, la cual promovía los intereses religiosos.⁹ Durante este tiempo, combinó sus labores en la Sociedad Católica de México con la realización de más producciones literarias. Entre ellas destaca notablemente *La destrucción de Pompeya*, obra que lo llevó a incursionar en el quehacer historiográfico sobre un tema clásico, mismo que fue sugerido por la novela histórica *Los últimos días de Pompeya* de Bulwer Lytton y que el propio Zamacois había traducido y editado con anterioridad. A la vez que escribió este texto, publicó un considerable número de artículos en la prensa periódica. Aunque nos parezca extraño fue un “apreciado colaborador y cronista”¹⁰ de *El Monitor Republicano*, compartiendo planas con Guillermo Prieto y Manuel Payno.

En 1873 retornó a España, lugar en donde escribió y empezó a editar su magna obra historiográfica sobre el devenir mexicano. Quizá con el propósito de presentarla y difundirla en la sociedad porfirista decidió embarcarse rumbo a México en el año de 1883. Llegó para quedarse, pues el 30 de octubre de 1885 falleció en la capital de la república, siendo sepultado en el Panteón del Tepeyac. Más tarde sus restos fueron trasladados al Panteón Español.

⁸ No podemos pasar por alto que durante esta época se musicalizaron los versos de su poema “La golondrina”, que escribió, seguramente, en una oleada de nostalgia por la patria española.

⁹ La mayor parte de las fuentes que registran datos sobre la vida de Niceto de Zamacois sostienen que abandonó el territorio mexicano con destino a Europa entre los años de 1868 y 1869. La información es errónea porque de acuerdo con la fecha en que firmó la introducción de su obra *La destrucción de Pompeya* sabemos que don Niceto aún se encontraba en la capital de la República por los últimos días de diciembre de 1871.

¹⁰ *El Monitor Republicano*, 16 de febrero de 1869.

OBRA HISTORIOGRÁFICA: *HISTORIA GENERAL DE MÉJICO**Consideraciones generales: preparación, edición y título*

Como ya habíamos señalado anteriormente la *Historia de Méjico* de Niceto de Zamacois se sustentó en la información que él mismo recopiló en los archivos y bibliotecas mexicanos, labor que realizó durante su segunda estancia en nuestro país, cuando el segundo imperio intentaba regir la vida nacional. Sin duda debió facilitar la recopilación de material el hecho de que sus primeros años de permanencia aquí le permitieron reunir un caudal de conocimientos en torno al pasado lejano e inmediato de México. Se aunaba a esta facilidad el contacto que nuestro personaje estableció con la prensa de aquel entonces, fuente importante en su obra. Asimismo debemos enfatizar que no sólo de documentos don Niceto conformó su investigación, sino que también tantos años de estancia en nuestro país lo convirtieron en observador directo del devenir decimonónico mexicano. Así pues, las experiencias vividas enriquecieron en gran medida su labor historiográfica.

A don Niceto le llevó más de cinco años escribir su monumental obra. Los resultados fructificaron en 1876. Ese mismo año empezaron a publicarse los dos primeros tomos de los 18 en 20 volúmenes de que consta, y que terminaron de publicarse en 1882, por J. F. Parrés y Cía., editores de Barcelona y México.¹¹ Se vendieron dos presentaciones al público, una que podríamos considerar como rústica, y otra de lujo, ya que destaca por su fina encuadernación en color rojo y porque en su portada se grabó el escudo nacional en dorado. Entre 1882 y 1888 se reeditaron los tomos II, III, VI, XI y los volúmenes XVIII-A y XVIII-B. Es muy probable que la razón de esto se debiera a que Francisco G. Cosmes estaba interesado en continuar la historia escrita por Zamacois, y creía necesaria una reedición de algunos de los tomos.¹²

La obra en su conjunto abarcó cerca de dieciocho mil páginas, repartidas por cada tomo entre 650 y 950. Su voluminosidad también abarcó al título, y así lo bautizó Zamacois:

Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, escrita en vista de todo lo que de irrecusable han dado a la luz los más

¹¹ Los años precisos en que aparecieron cada uno de los tomos y volúmenes son los siguientes: 1876: I-II, 1877: III-IV, 1878: V-VIII, 1879: IX-XI (incluye un volumen de los tomos X-A y X-B), 1880: XII-XVI, 1881: XVII, 1882: XVIII-A y XVIII-B (estos dos conforman un volumen).

¹² Sobre las características de las ediciones, véase De la Torre, *op. cit.*, p. 100-104.

caracterizados historiadores, y en virtud de documentos auténticos, no publicados todavía, tomados del Archivo Nacional de Méjico, de las Bibliotecas públicas y de los preciosos manuscritos que hasta hace poco existían en las de los conventos de aquel país. Por d. Niceto de Zamacois. La obra va ilustrada con profusión de láminas que representan los personajes principales antiguos y modernos copiados fielmente de los retratos que se hallan en los edificios del gobierno: batallas, costumbres, monumentos, paisajes, vistas de ciudades, etcétera, etcétera, por reputados artistas.

Plan de la obra

Al abocarnos al estudio de la obra de Zamacois, o simplemente al utilizarla como fuente, nos damos cuenta del desproporcionado tratamiento que recibió cada una de las etapas de la historia de México, a las que el autor denominó fases. De tal modo que al México prehispánico le dedicó un solo tomo, tres a la Conquista, dos a la Colonia, cinco al movimiento de Independencia y nueve al México independiente. Muy consciente fue el autor de este desequilibrio. Es obvio que la planeación de la obra giró en torno a la cantidad de documentos conocidos por Zamacois, pero fundamentalmente a los objetivos que se quisieron alcanzar: historiar con mayor profundidad y con toda veracidad aquel periodo, de la “Historia Moderna” de México —como él mismo la llama—, que estuvo envuelto en la agitación de las pasiones políticas, y que por lo tanto fue estudiado sin objetividad. Así refiere Zamacois a esta cuarta fase que:

... ha sido trazada, en puntos, por desgracia de alto interés, con lineamientos y colorido disímolos, y no pocas veces diametralmente opuestos, según el punto de preocupación política en que se han colocado, para apreciar los hechos, los diversos escritores que se han ocupado en darlos a conocer.¹³

La delimitación temporal de cada una de estas fases es la siguiente: la primera, correspondiente al México prehispánico, corre desde que le rigen sus primeros gobernantes indígenas “hasta el último de sus emperadores aztecas”; la segunda, “referente a los maravillosos hechos de la conquista”; la tercera “abarca las tres centurias de la dominación española”, y la cuarta va “desde los primeros sucesos que prepararon el grito de independencia en 1810 por el cura de Dolores D. Miguel Hidalgo y Costilla, y a su existencia como nación independiente desde 1821 hasta

¹³ N. de Zamacois, *Historia de Méjico*, t. I, p. XI.

1867".¹⁴ La razón que tuvo el autor para llegar hasta esta fecha radica en considerar que, a partir de este acontecimiento, se inició una nueva etapa en la que el gobierno de Benito Juárez tuvo todo a su favor para instaurar la estabilidad.¹⁵

Aparte del mayor número de tomos referentes a la cuarta fase, la narración tan minuciosa es una prueba más de la importancia que para Zamacois tuvo el historiar al México decimonónico. Esta minuciosidad lo obligó a presentar los acontecimientos en forma de anales, llegando inclusive a detallarlos mes por mes y hasta día por día. Sin que esto quiera decir que en algunas partes correspondientes a etapas anteriores no encontremos el mismo sistema, tal como es el caso del México antiguo. En general la idea central fue siempre destacar aquellos acontecimientos "que vienen a constituir realmente la vida política de Méjico..."¹⁶

Bajo este carácter, a pesar de la desproporcionada estructura de la obra historiográfica de don Niceto, no se aminora en absoluto su calidad de historia general de México; por el contrario se confirma al intentar ligar los hechos en una unidad, facilitando la comprensión del ser histórico mexicano. En la introducción de la obra, Zamacois lo manifiesta de la siguiente manera:

No dibujaré línea por línea la fisonomía de cada uno de los tres periodos anteriores a la independencia; pero sí trataré exactamente sus contornos, a fin de que, al primer golpe de vista, se deje adivinar los marcados caracteres del original, por la severa exactitud del retrato en su conjunto.¹⁷

Ahora bien, en cuanto a la estructura de la obra, cabría añadir dos características más. En primer lugar encontramos que para poder sustentar la veracidad de los hechos narrados se hizo uso de apéndices documentales, localizados al final de cada tomo y organizados cronológicamente de acuerdo con los acontecimientos estudiados. En segundo lugar tenemos que cada uno de los tomos cuenta con un índice temático y con indicaciones al margen, haciendo más manejable la obra.

Para terminar con este inciso sólo nos resta señalar que Zamacois se sirvió de la introducción para explicar su proyecto, misma que a nuestro parecer es bastante completa, concisa y clara. En suma, a través de ella podemos conocer el concepto que el autor tenía de la historia;

¹⁴ *Ibidem*, t. I, p. X.

¹⁵ *Ibidem*, t. XVIII-B, p. 1751.

¹⁶ *Ibidem*, t. I, p. XI.

¹⁷ *Loc. cit.*

la delimitación temporal del devenir mexicano en el que se centró la investigación; algunas obras que componen el estado de la cuestión relativo a cada una de las fases de la historia de México; el tipo de fuentes empleadas; el método seguido; la importancia del estudio, y varios de los motivos que lo impulsaron a escribir tan voluminosa obra.

Las motivaciones

Es innegable que la realidad que circunda a los individuos condiciona sus razones y sus actos. En el caso de Niceto de Zamacois no podía romperse la regla. Varios fueron los motivos que lo impulsaron a escribir su *Historia general de Méjico*, y que en diversas ocasiones son enfatizados por él mismo. Empecemos por recordar que al vizcaíno le tocó vivir en dos entidades geográficas en las que se debatió, con las armas en la mano, por un lado, la instauración de la modernidad encauzada hacia el progreso, y por otro, el apego a conservar. En definitiva, a ritmo violento tanto España como México pretendieron definirse política y económicamente como naciones. Creemos que en particular, la guerra carlista, acaecida durante los años de adolescencia de Zamacois, fue lo bastante dramática como para delinear su visión y su actitud hacia el mundo, caracterizadas ambas por un anhelo inquebrantable por alcanzar la paz y por la conciliación entre los hombres adscritos ya al partido liberal, ya al partido conservador. Este sentir de don Niceto debió terminar de perfilarse con las experiencias vividas durante tantos años de residencia en la muy parecida y no menos caótica circunstancia mexicana. La observación directa y cotidiana de los acontecimientos, matizada por la agudeza del ejercicio periodístico, le llevaron a interpretar a su manera las causas del desequilibrio que sufría nuestro país y sus posibles soluciones.

Sin lugar a dudas, la labor realizada durante este mismo tiempo por los historiadores eruditos, Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta y José Fernando Ramírez, y la llamada de atención en 1865 de Manuel Larrainzar para escribir una historia general de México, debieron mostrarle a nuestro personaje que un instrumento para alcanzar la unidad de los mexicanos sería la recuperación del pasado histórico de la nación.

Por su parte, la propia personalidad del romántico que fue Zamacois nos obliga a tomar en cuenta factores de índole sentimental entre los móviles de su realización historiográfica. Es claro que a nuestro personaje le rigió un sentimiento más profundo hacia nuestro país, pues aseveró en diversas ocasiones: “español y vizcaíno, amo a Méjico con la

franqueza del primero y la firmeza constante del segundo...”¹⁸ Además, el haberse casado con una mexicana y el que sus hijos hubiesen nacido aquí lo movían a ver en México a una segunda patria, que lo involucraba en su acontecer y a la que auguraba un gran futuro, debido a su potencial humano y a su riqueza; pero ese futuro sólo llegaría cuando se reconciliaran los mexicanos. Parte de este sentir del hispano se encuentra plasmado con todo el sabor decimonónico en las últimas líneas de la obra:

El hombre debe amar su patria sobre todas las otras, y después de su patria, la patria de sus hijos, casi con igual vehemencia que la suya, como los hijos deben amar la patria de sus padres después de la suya. Yo me hallo en el primer caso respecto de Méjico. Anhele el engrandecimiento, la prosperidad, la riqueza y el bienestar de aquel país, porque es patria de mi esposa, de mis hijos. El suelo que más amo, después de España, es, pues, Méjico.¹⁹

El conocimiento del pasado conduciría a todos los mexicanos a la comprensión de aquellos valores y de aquellos componentes históricos que los definían como integrantes de una sola nación. Por eso Zamacois afirmó que:

Nada existe de más alto interés que el estudio que puede conducirles al conocimiento de su origen, de los elementos de que se compone su sociedad, de las causas que concurrieron a la alianza de los diversos magnates indígenas a las huestes de Hernan Cortés para derrocar el poderoso imperio de los soberanos aztecas; de donde dimanen los usos, costumbres, leyes y religión que actualmente ostentan, y los medios a que han recurrido para encontrarse constituidos en nación independiente.²⁰

Por ello, y al contrario de la historiografía que le antecede, Zamacois acentuó en su *Historia de Méjico* la conjunción de cada una de las fases históricas en un solo proceso, restándoles importancia a las muchas visiones parciales del suceder mexicano que únicamente se ocupaban en justificar políticas partidistas.

Una historia general de México que fuese útil a los fines arriba mencionados tendría que regirse por la imparcialidad; por tanto, el historiador vizcaíno estimó que, para el buen cumplimiento de esta exigencia, concurría en torno a él una tríada de “circunstancias fa-

¹⁸ *Ibidem*, t. I, p. xxvi.

¹⁹ *Ibidem*, t. xviii-B, p. 1776.

²⁰ *Ibidem*, t. I, p. xiv-xv.

vorables”. Esta nueva característica vino a sumarse a la lista de motivaciones. De esas “circunstancias favorables” que le permitirían ser objetivo destacó, en primer lugar, el que sus años de permanencia en territorio mexicano le habían dado la oportunidad de presenciar los hechos a los que haría referencia y de conocer a “muchos de los personajes”. Su “calidad de español”, que ocupa un segundo lugar, le parecía ofrecer una mayor equidad en la emisión de juicios sobre los actos de los mexicanos, facilitándolo además, como él mismo apunta, “la analogía que existe entre el carácter mejicano y el español”.²¹ Por último encontramos, en un tercer lugar, que el no haber aceptado cargos públicos lo había mantenido alejado de los intereses de partido, y en consecuencia podría abordar los hechos objetivamente.

Difícilmente separable de lo anterior, encontramos a la búsqueda de la verdad como una de las motivaciones que más lo impulsó en la ardua faena de historiar el devenir mexicano. Así es como se afirmó su confianza en que las “circunstancias favorables” que lo rodeaban le permitirían aventajar no sólo a los historiadores sino también a los periodistas que escribieron enfrascados en los debates de los partidos en pugna y que no pudieron conceder “virtud ninguna a los contrarios en opiniones políticas, ni admitían censura en los errores de sus correligionarios”.²² De nueva cuenta, vemos cómo Zamacois, al emprender la búsqueda de la verdad y de la imparcialidad, pretendió, al mismo tiempo, reconciliar a la sociedad mexicana, ya que seguramente pensó que, en la medida que los mexicanos tuvieran un real conocimiento de sí mismos, su nación podría resistir los embates procedentes del exterior. En esta forma asentó que:

Nada destruirá más eficaz y prontamente ese errado juicio formado de Méjico por los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, ni nada le hará aparecer más respetable ni más respetada por ellos, que la unión firme de todos los mexicanos.²³

Por lo tanto el carácter del historiador, crítico de sus fuentes, al que únicamente le rige el relato veraz, y el carácter de un historiador comprometido no sólo con el futuro de México sino también con su imagen ante las naciones extranjeras, incitaron al autor a desmentir a los escritores extranjeros “que se han ocupado de los asuntos de Méjico”, pero falseando la realidad.

Aunque la defensa de México ejecutada por el vizcaíno se centró

²¹ *Ibidem*, t. I, p. xxv.

²² *Ibidem*, t. I, p. XXI.

²³ *Ibidem*, t. XVIII-B, p. 1769.

en aquellos hechos de los que fue testigo presencial, no por ello dejó de ocuparse en impugnar firmemente las infundadas críticas de escritores europeos del siglo XVIII, entre los que nombra a Robertson, Raynal y Pauw. No fue casual el interés que don Niceto tuvo para ello. Recordemos que muchos de estos personajes menospreciaron el valor de los pueblos prehispánicos, y otros más, apoyados en los escritos del padre Las Casas, atacaron la conquista española. Se entiende, entonces, que Zamacois, a la par que rescatara a las naciones prehispánicas del Anáhuac de la barbarie con que fueron clasificadas, salvara la empresa conquistadora de su natal España. Cobra así sentido una nueva razón para escribir la *Historia de Méjico*, que a fin de cuentas, como veremos más adelante, le servirá para consolidar la unión de los mexicanos.

Finalmente, un último motivo nos conduce a que tan primordial fue para Zamacois esta consolidación como la preocupación por conseguir un mayor y estrecho acercamiento entre México y España, dos países cuyas relaciones demostraban ser difíciles e inconstantes. Es muy seguro que el vizcaíno pensó que a través de una historia general de México también se podría reconciliar y fortalecer los lazos de fraternidad entre ambas naciones. Así, pues, sería indispensable presentar en ella una visión de la Conquista que pudiera ser aceptada como componente de todos los mexicanos y distinguir aquellos valores históricos que comparten, definen y, por tanto, unen a los dos países hispanos.

Su concepto de la historia

Definir la corriente historiográfica a la que estuvo adscrito Niceto de Zamacois resulta sumamente difícil, debido a que recibió la influencia de varias escuelas interpretativas a lo largo de su formación autodidacta, lo que no implicó que ésta fuera sistemática y profunda. De tal modo que al analizar su visión histórica nos encontramos con elementos ilustrados, providencialistas, románticos y eruditos, todos ellos matizados por un tono conservador. Como ya apuntamos, esta posición ideológica es fiel reflejo de su circunstancia.

En contraposición a la concepción de la historia de un sinnúmero de tradicionalistas, en la que todo es regresión y no hay progreso, el concepto de don Niceto al respecto partió del principio: conservar es progreso; de ahí que hiciese tanto hincapié en lo importantes que son los periodos de paz para el florecimiento de las naciones. El ideal del progreso, tan pregonado en los tiempos decimonónicos y adjudicado en exclusiva a los liberales, lo hizo propio Zamacois como lo habían hecho otros muchos conservadores, pero desde una perspectiva en que se

excluían los cambios violentos o revolucionarios, ya que —a su parecer— el transcurrir se desenvolvía evolutivamente. Siendo la prosperidad de los pueblos una proclama del movimiento ilustrado, recayó sobre don Niceto el influjo del “espíritu del siglo”, aunque también podríamos decir que coincidió con los postulados del positivismo que empezaba a germinar en México por las mismas fechas en que el historiador vizcaíno trabajaba en su *Historia de Méjico*.

Como prueba de lo sobresaliente que fue para Zamacois la idea del proceso progresivo, recordemos su insistencia en que en la historia se enlazan “unas épocas con otras, prestándose sucesivamente sus luces y sus progresivos adelantos; luces y adelantos eslabonándose a cada signo que nos suceda, hasta que vaya a terminar en el último día del último de los siglos”.²⁴ De hecho a través de su magna obra nos presenta cada fase de la historia como superior a la que la precede; por lo tanto, el suceder mexicano se convierte en un proceso lineal ascendente y por ende progresivo. Además esta convicción en la óptima marcha histórica de México pareciera que se sustenta en un determinismo, pues, nada dudoso del gran porvenir que le esperaba a México, sostiene, con resabios providencialistas, que este país podía considerarse “como el más favorecido por el Ser Supremo” al haberlo dotado con “inagotables y abundantes minas de oro y plata, con un terreno vastísimo y exuberante”.²⁵

Cabe aclarar que el espontáneo asomo providencialista del autor, en el que concibe al ser supremo como motor de la historia, no excluye a la fortuna como otro factor decisivo en el transcurrir de los hechos pasados. La integración de este elemento a la concepción sobre el sentido que guarda el devenir responde al peso que el romanticismo ejerció sobre don Niceto, y que, sin lugar a dudas, se convirtió en la corriente historiográfica que se acentúa mucho más al correr las hojas de su monumental obra. Si su conservadurismo lo llevó a preservar y pregonar los valores surgidos en el pasado, el influjo romántico, además, le indicó el camino para lograrlo a través de la elaboración de una historia integral de la nación mexicana, tal y como el movimiento romántico europeo lo venía haciendo desde el momento en que se ocupó en indagar el origen de los pueblos en la Edad Media. En este sentido, Zamacois registró en su obra un conjunto de valores que, según él, identificaban a los mexicanos, a la vez que fortalecían sus lazos de unión. Estos valores fueron el amor y entrega a la patria, el respeto a la monarquía, o lo que es lo mismo a la autoridad, pero ante todo la religión

²⁴ *Ibidem*, t. I, p. VII.

²⁵ *Ibidem*, t. XII, p. 568.

católica se convirtió en el punto medular de su discurso histórico. La inquebrantable fe religiosa que lo acompañó durante toda su vida le hizo creer, como lo creyeron también otros conservadores, que el principal motivo de la escisión de la sociedad mexicana y de sus desgastantes guerras radicaba en la política anticlerical del partido liberal, misma que percibieron como una agresión al dogma cristiano. Ello nos explica por qué Zamacois criticó a todas aquellas etapas en las que se pretendió o en las que se logró implementar la desamortización de los bienes eclesiásticos y la supresión de los privilegios corporativos.

Este abierto conservadurismo del autor no invalida su acercamiento a los liberales, cuando dejó entrever que la libertad de los hombres era trascendental en el desarrollo de la sociedad mexicana. En varias partes de la obra es latente tan decimonónico sentir, nada más que don Niceto debió darle otro viraje al criticar con tanta insistencia las políticas anticlericales. Es decir, al confundirlas con ataques al dogma, seguramente creyó ver que atentaban en contra de la libertad que los individuos tenían para profesar la fe cristiana. Otra aproximación más a los planteamientos liberales aflora en el tenue enjuiciamiento a la Ley Juárez, de la que tan sólo rechazó el momento en que se dictó, pues, según él, lo más adecuado era:

trabajar con todo empeño por la conciliación de todos los partidos. Las cosas deben hacerse en tiempo oportuno y no era aquel ciertamente el que se debía haber escogido para expedir una ley a que no estaba aún preparada la mayoría.²⁶

En cuanto al motor de la historia nos falta agregar que, si bien la providencia y la fortuna son concebidas por nuestro autor como impulsoras del acontecer nacional, considera todavía más decisivas a las acciones humanas, sobre todo aquellas que habían sido realizadas por los personajes más destacados. En efecto, Zamacois consideró que sólo unos cuantos hombres eran los hacedores de la historia de una nación, y en particular este atributo recayó sobre los gobernantes y dirigentes políticos. Tal característica aflora en toda la obra; sin embargo destaca en mayor medida cuando don Niceto aborda los acontecimientos del México decimonónico. Al ser ésta la etapa que exigía mayor tratamiento por su carácter conflictivo, es lógico que Zamacois señalara a los hombres públicos como los principales promotores de las luchas partidistas y, por consiguiente, como los causantes del malestar nacional; a la vez que insinuaba que a ellos correspondía aplicar las soluciones necesarias apoyados en el conocimiento del pasado nacional.

²⁶ *Ibidem*, t. XIV, p. 128-129.

Así, pues, la historia guarda un fin pragmático y didáctico al enseñar a los hombres las malas y las buenas acciones que realizaron aquellos que les precedieron en el ejercicio del poder, todo ello con el propósito de que les sirvan de ejemplo:

Si la historia es el espejo donde deben reflejar los hechos de los individuos que han figurado y figuran en el gran cuadro político de las sociedades; si ella ha de ser un libro de enseñanza provechosa para los pueblos, a quienes se debe poner en estado de apreciar lo que han sido y son las personas que, por su elevada posición y su respetable carácter han influido de una manera marcada en la marcha de los países; si la historia ha de ser un correctivo para el malo y un beneficioso estímulo para el bueno, preciso es que el historiador, haciendo absoluta abstracción de su afecto por los individuos, presente a éstos obrando de la manera que obraron.²⁷

En el siguiente texto podemos apreciar aún más cómo la función del historiador se centra en rescatar el conocimiento del pasado con el fin de modificar el presente y proyectar el futuro:

Cada página de esa historia nos deja percibir, con lineamientos de matemática exactitud, las huellas que los diversos actores que han figurado en el vasto escenario del mundo dejaron impresas en su peregrinación sobre la tierra; huellas que el helado soplo de los tiempos las hubiera borrado para siempre sin dejarnos percibir la ruta que siguieron, si no se hubiesen ocupado de sorprenderlas y de trazarlas, los hombres laboriosos, dedicados a la investigación de los hechos, con el noble objeto de que sirvan de provechosa enseñanza a la humanidad, para que, con el estudio de lo pasado, corrigiesen el presente y preparasen el futuro.²⁸

Debido a esta convicción, Zamacois reitera constantemente las atribuciones de imparcial y veraz que deben caracterizar a cualquier estudioso del acontecer histórico. Para él, los hombres involucrados en los sucesos están impregnados de pasiones que les impiden poseer tales cualidades. Por ello don Niceto se sintió el historiador en el que concurrían las circunstancias favorables para escribir con objetividad y veracidad la primera historia general de México. Bajo este pensamiento, Niceto de Zamacois inició aquella empresa que desde los tiempos de la antigüedad clásica había inquietado a los historiógrafos: la búsqueda de la verdad; nada más que explotando, hasta cierto límite, los lineamientos metodológicos del quehacer histórico que los eruditos positivistas

²⁷ *Ibidem*, t. XIV, p. 241.

²⁸ *Ibidem*, t. I, p. v-vi.

de su época habían implantado unas cuantas décadas antes de la realización de su voluminosa obra.

Niceto de Zamacois y su método histórico

Cabe aclarar que, aunque Zamacois siguió varias de las indicaciones señaladas por el ámbito erudito de su momento, en realidad se encuentra bastante apartado de ser un historiador consistente, riguroso y sistemático en la aplicación de un método histórico.

Ahora bien, en cuanto al manejo de sus fuentes, Zamacois procuró, en gran parte de las fases en que dividió su obra, agotar el estado de la cuestión, el cual integraba tanto fuentes primarias como secundarias; inclusive en el caso de acontecimientos como la guerra con Estados Unidos y el imperio de Maximiliano revisó obras de autores extranjeros. Si bien existe el interés por explotar toda la literatura histórica existente sobre nuestro pasado, en la obra de Zamacois afloran limitaciones. Tenemos, por ejemplo, que ni del México prehispánico ni de la Conquista española y de la etapa colonial revisó todo lo que hasta su época se había hecho. Asimismo, en el caso de varios de los autores mexicanos y extranjeros que menciona, es claro que no los leyó y que únicamente tuvo noticias de sus interpretaciones gracias al registro que hicieron otros historiógrafos.

En la medida que Niceto de Zamacois avanzó en el estudio del México decimonónico requirió revisar un mayor número de fuentes primarias como documentos privados y oficiales, entre los que se encuentran reales órdenes, circulares, cartas, actas, etcétera, a lo que se suma un vasto manantial hemerográfico que se antepone a cualquier otra aportación documental. El empleo de periódicos se debió a que don Niceto estuvo convencido de que las polémicas plasmadas en ellos “conducen al lector al conocimiento exacto de las ideas que animaban a la sociedad, tan interesantes para la historia”.²⁹ Sin lugar a dudas, la fuente hemerográfica fue sustancial en su producción, sobre todo cuando abordó los hechos acaecidos durante el imperio de Maximiliano.

A este conjunto de fuentes se suma su propia observación directa de los acontecimientos que narra. Si bien esta característica de testigo ocular le otorga a la obra un inmenso valor, no debemos olvidar que tuvo limitantes, ya que en muchas ocasiones recurrió al recuerdo, el cual se nutrió de toda una serie de fantasías procesadas en su mente romántica.

²⁹ *Ibidem*, t. xvi, p. 432.

Ya hemos insistido en el prurito de Zamacois por llegar al conocimiento veraz de la historia de México. De ahí que en el momento de enumerar sus fuentes se presente, de vez en vez, como un historiador que critica a cada una de ellas con suma severidad.

Empezando con los primeros requerimientos metodológicos, identificó la autoría de los documentos, ubicó a los autores en el tiempo y en el espacio al par que especificaba su afiliación ideológica. Es probable que esta identificación le sirviera para valorar y fijar la autenticidad del documento. Aunque cabe aclarar que este ejercicio fue esporádico y poco riguroso.

Al criticar las fuentes fue consciente de los múltiples factores que alteran o impiden el conocimiento real. Comprendió, por ejemplo, que reseñar los sucesos después de algún tiempo era una de esas limitantes. Tampoco desconoció que las posibilidades de una observación completa de los acontecimientos eran escasas, y tomó en cuenta la posición en que se había encontrado el declarante. Otro de los recursos empleados con el propósito de esclarecer la verdad histórica consistió en la verificación de testimonios comparando la información registrada por dos o más fuentes.

Debido precisamente a que fue consciente de las limitaciones de los estudiosos del acaecer humano, Zamacois no siguió, al pie de la letra, a los historiadores de más alta reputación. Así pues, logró librar el influjo que el método de autoridades ejerce. Con el mismo sentido refutó, sin miramientos de ninguna especie, a escritores conservadores como Alamán o Arrangoiz, no obstante compartir con ellos el mismo ideario político. Aun más, llegó a apoyarse en historiógrafos que no eran santos de su devoción como fue Carlos María de Bustamante, e inclusive, respecto a este mismo, en un arranque de extrema objetividad, llegó al grado de amonestar a don Lucas por haberse atrevido a criticar, sin fundamentos, al controvertido personaje.

Por su parte, por más que nuestro autor hizo su mejor esfuerzo, nunca llegó ni a una profundidad ni a una agudeza en el análisis e interpretación de los hechos. En general, sus explicaciones se distinguen por su simpleza al tiempo que se repiten constantemente. Más bien en su *Historia de Méjico* se abocó a enlazar cronológicamente, describir y narrar una cadena de acontecimientos.

Cabe aclarar que la narración no estuvo exenta de citas textuales que apoyaran alguna esporádica explicación o que ilustraran detalladamente algún acontecimiento. Sin embargo, hubo una falta de sistematización en su manejo, pues a veces notificaba el nombre del autor y el de la obra de donde procedía el párrafo copiado y, en otras, aparecen textos muy extensos y entre comillas, pero sin ninguna anotación

bibliográfica. En contraste con lo que en nuestros días nos parecería un descuido metodológico, es innegable que Zamacois supo darle un uso adecuado al aparato crítico de su obra. En él es común encontrar al lado de las referencias bibliográficas, comentarios y críticas a las fuentes, razonamientos deductivos para negar o afirmar los hechos, explicaciones de conceptos y términos nahuas, ampliación de ideas, señalamientos de referencia cruzada, tal como “ver el apéndice al final de este tomo”, etcétera.

Finalmente, en cuanto al estilo, es decir la fase expositiva de la investigación, podemos señalar varias características. Destaca, en primer lugar, un discurso fácilmente comprensible por su sencillez y claridad, y porque la estructura de las oraciones es muy simple, lo que no significa que estuviera exenta de graves errores de sintaxis. Como resultado de la vocación literaria aflora su placer por describir paisajes y la fisonomía de los que considera los principales protagonistas de la historia de México. Es evidente que las descripciones de la naturaleza le sirvieron para ambientar el escenario en que se desarrollaron los hechos. Por su parte, los retratos que hizo de los personajes están cargados de adjetivos que proyectan no sólo los rasgos físicos sino también las virtudes y los defectos, pretendiendo despertar en el lector sentimientos de simpatía o de desprecio hacia ellos. Recordemos que este recurso descriptivo obedecía a su interés por moralizar a los hombres a través del conocimiento de las acciones realizadas por sus antepasados.

Igualmente el quehacer literario influyó en los relatos que Zamacois hizo de los episodios históricos; en este sentido, los cuadros dramáticos fueron los más explotados. Entre los diversos pasajes climáticos descuella el fusilamiento de Maximiliano, ya que fue narrado con lujo de detalles y con gran emotividad. Un recurso literario más que utilizó con el propósito de causar profundas impresiones fue dejar en suspenso, al final de un capítulo o un tomo, el desenlace de los sucesos. En suma, el estilo en que Niceto de Zamacois redactó su magna obra da cuenta de su formación de novelista y dramaturgo, y más aún, ello viene a confirmar que la corriente romántica encauzó los haceres y decires de su fructífera existencia.

*Niceto de Zamacois y su visión del México prehispánico
y la Conquista española*

Es innegable que tantos años de observación directa de la crisis que vivió México llevaron a Zamacois a la conclusión de que la razón última

de la división nacional era el fundar el derecho a la independencia en la conquista y no en la emancipación. Ésta fue la razón de peso que lo incitó a recuperar el acaecer del México prehispánico, y con esta base elaborar una teoría de la Conquista lo bastante convincente para todos los mexicanos, independientemente de su afiliación liberal o conservadora. Muy ligada esta edificación teórica a un enfoque interpretativo más que a una profunda exploración tanto del acaecer indígena como de la Conquista española y sus repercusiones, se explica que a Zamacois le bastara la utilización de unas cuantas fuentes históricas, siendo la *Historia antigua de México* de Clavijero la principal de ellas, ya que inclusive llegó a transcribir párrafos enteros.³⁰

Los sucesos acaecidos desde el origen de los primeros habitantes del continente americano hasta la llegada de Hernán Cortés a costas mexicanas corren a lo largo de los veintiún capítulos en los que se divide el primer tomo de la *Historia de Méjico*. El plano geográfico al que Zamacois circunscribió este estudio es el relativo a la zona del valle de México, o del Anáhuac, ocupada por tribus provenientes del norte y que se consolidaron en ella como “naciones” en diferentes etapas históricas y en diferentes puntos.

Empezó su relato hablando del origen de los hombres que poblaron estas tierras. No obstante estimar a Clavijero como una fuente crítica y veraz, Zamacois erradicó toda conexión bíblica como posible factor de procedencia. Por el contrario, con base en las teorías relativas a los cambios geológicos consideró viable que la población americana proviniese de Asia.

En general, la tonalidad que le imprimió a este periodo hizo resaltar el alto nivel de evolución alcanzado por cada uno de los pueblos prehispánicos a los que hace referencia, pero en particular destacó todavía más el acervo cultural adquirido en vísperas de la Conquista. La recuperación del mundo indígena no podía ser de otra manera: entre más se subrayara su grandiosidad, aflorarían las dificultades de la empresa conquistadora y, por ende, la proeza realizada. Además, ratificando la capacidad de los indios, no cabrían dudas sobre sus posibilidades para la conversión a la religión católica y, en general, para recibir todos los elementos culturales de procedencia española.

Así pues, las comparaciones con las culturas de la antigüedad

³⁰ Si comparamos la obra de Zamacois con otras historias contemporáneas a la suya y que versan sobre el mismo tema, tal como fueron la *Historia antigua y de las culturas aborígenes de México*, de Manuel Orozco y Berra, y el *México a través de los siglos* en los tomos correspondientes, nos damos cuenta que no explotó el rico acervo de documentos depurados y organizados a mediados del siglo XIX por los eruditos José Fernando Ramírez, Joaquín García Icazbalceta y el propio Orozco y Berra.

oriental y clásica sirvieron para demostrar el avance de las culturas prehispánicas e insertar el devenir mexicano en la historia universal. Al respecto, en la introducción, don Niceto asentó lo siguiente:

Pero no es sólo privilegio exclusivo de los pueblos que dejó consignados, la de haber dado al mundo seres de la inteligencia sublime. También en la pintoresca región de la exuberante América, han brillado genios que pueden, con justicia, asociarse a las lumbreras del saber de los diversos pueblos del globo. Al lado de las ruinas de Palmira y de las pirámides de Egipto, que el Antiguo Continente ostenta como dignos monumentos de eterno renombre, Méjico abre las páginas del libro de sus adelantos y en el prólogo de sus primeros tiempos, nos presenta, en la grandeza de las suntuosas ruinas de Palenque y de Papantla, en las pirámides notables de Cholula y de Teotihuacan... así como en los preciosos manuscritos de los aztecas, los elocuentes rasgos de una civilización maravillosa.³¹

Si bien describió, por ejemplo, varios aspectos de la cultura tolteca y acolhua, a la que consideró como foco irradiante de la civilización indígena, los hechos correspondientes a los mexicas o “mejicanos” —como él los llama— ocuparon más del 80 por ciento de páginas del primer tomo. En una infinidad de líneas marcó las cualidades de industria e ingenio que les permitieron librar las dificultades de su diario acontecer y que los llevaron a elevar a Tenochtitlan a una grandiosidad mayor a la de cualquier otra nación colindante, e inigualada en todo el Nuevo Mundo.

No obstante las constantes exaltaciones, también enfatizó con todo lujo de detalles una serie de carencias como podrían ser la falta de utensilios domésticos, jabones, camas cómodas, balcones, en fin, todo aquello que “constituye el útil ajuar de una casa, por humilde que sea”.³² A este listado se sumaron repetitivas exposiciones sobre las condiciones de explotación imperantes tanto en Tenochtitlan como en todas las provincias dominadas por el imperio mexica. Tal explotación convertía a los mexicas en insoportables opresores, lo que produjo su derrocamiento, ya que, al parecer del autor, toda dominación implicaba “una política de amalgamación que uniese por intereses mutuos, a todos los países conquistados con la nación conquistadora”.³³ Igualmente, reseñó de manera minuciosa todo lo concerniente a la práctica de los sacrificios humanos como resultado del paganismo y las supersticiones que impregnaban al mundo indígena.

³¹ *Ibidem*, t. I, p. IX. Los pueblos a los que se refiere en las primeras líneas de la cita son: Grecia, Italia, Egipto, Francia, España y África, p. VIII.

³² *Ibidem*, t. X-B, p. 951.

³³ *Ibidem*, t. I, p. 769.

En suma, la recuperación de esta cara de la moneda de la sociedad azteca fue aprovechada al máximo por Niceto de Zamacois para cimentar sólidamente sus objetivos interpretativos: por un lado tenemos que, al subrayar lo nefasto de las inmolaciones humanas, demostraba la trascendencia que había adquirido la religión católica al lograr extirparlas para siempre; por otro, al proyectar a los mexicas como una nación conquistadora convertía a los españoles, siempre identificados con los conquistadores, en los libertadores que muy a tiempo vinieron en auxilio de los pueblos indígenas, cuya única preocupación era vencer y arrebatar el poder a los opresores y convertirse, a su vez, en amos y señores del Anáhuac. En este sentido llegaba al punto medular de su discurso histórico; en otras palabras, recobraba la teoría que Lucas Alamán había diseñado tiempo atrás: convencer a todos los mexicanos, escindidos en políticas partidistas, de su linaje conquistador, resultante de la fusión de indígenas y españoles, que en combinación de fuerzas lograron acabar con el dominio de Tenochtitlan.

Su visión sobre el México independiente

Si al proyectar su teoría de la Conquista —elaborada a partir del México prehispánico— se propuso reconciliar a la sociedad mexicana, este esfuerzo no disminuyó al momento de enfocar los acontecimientos ocurridos durante la guerra de Independencia, debido a que el tema revestía un carácter polémico. En efecto, para Zamacois el foco de las incontables y agudas crisis que enfrentaba el México decimonónico radicó en un error interpretativo sobre el movimiento independentista, ya que se había fundado el derecho de independencia en la conquista y no en la emancipación. Es decir, en un tono similar al de Lucas Alamán, sostuvo que la Nueva España, una vez alcanzada su mayoría de edad, adquirió el derecho a independizarse de la metrópoli española.

En general, fueron constantes las muestras de simpatía hacia el movimiento emancipador e inclusive subrayó al patriotismo entre los motivos que lo impulsaron. Así, en la siguiente cita nos dice:

Parecerá extraño que yo, siendo español, no censure el movimiento de Hidalgo que tendía a despojar a la España de una de sus más ricas joyas de la América; pero por lo mismo que soy español y amante de la independencia de mi patria, soy justo con todos los que abrigan igual noble sentimiento respecto del país en que han nacido.³⁴

³⁴ *Ibidem*, t. vi, p. 233-234.

Su concepción estuvo cargada de preceptos moralistas que hacían ver al hecho como natural, justo y, en consecuencia, totalmente adverso a la imagen de un rompimiento drástico como proyectaban otras interpretaciones:

Los hijos de la Nueva España habían acariciado la halagadora idea de emanciparse de la antigua, formando una nación independiente. Eran los descendientes de los españoles, que habiendo llegado a un estado de civilización notable, considerándose con los elementos necesarios para gobernarse por sí mismos, querían poner en planta su deseo. Los hijos habían llegado a la edad de tomar estado y anhelaban separarse de sus padres para formar otra gran familia. El deseo era natural y noble, y nadie que aliente sus sentimientos de amor patrio, podrá condenar la idea.³⁵

Cabe subrayar que, con las bases de esta interpretación, don Niceto creyó que no sólo alcanzaría la consolidación de la paz nacional, sino que también provocaría el reencuentro entre México y España.

A diferencia de las posiciones de liberales y conservadores que tomaban partido, ya fuera por la gesta emancipadora de Hidalgo, ya fuera por la acción consumadora de Iturbide, nuestro autor se propuso equiparar los actos de ambos. Es por esta razón que presentó cuadros biográficos que registraran sus actividades más relevantes. A Hidalgo lo exaltó como una figura prominente que inició el movimiento al transformar “de colonia en potencia soberana el vasto y rico territorio de la Nueva España”. Por su parte, al hablar de Iturbide señaló que con la proclamación del Plan de Iguala quedaban garantizados los valores esenciales de los mexicanos, los cuales los identificaban como una nación unida.

En cinco voluminosos tomos y apoyado en documentos epistolares, actas, despachos, periódicos y los textos historiográficos de Bustamante y Alamán, entre otros, Zamacois recuperó las distintas fases del movimiento de Independencia de México:

Para la nación que llegó a verse independiente y soberana, los caudillos de la primera época y de la segunda son acreedores a su eterna gratitud. Los nombres de Hidalgo, de Allende, que iniciaron la idea, combatiendo hasta morir por ella; de Morelos que la sostuvo con heroico valor; de Guerrero que mantuvo el fuego de la independencia, y de Iturbide que tuvo la dicha de realizarla, deben ser igualmente enaltecidos por la nación entera, a la cual colocaron en el catálogo de las naciones que se rigen por sí solas.³⁶

³⁵ *Ibidem*, t. VI, p. 138-139.

³⁶ *Ibidem*, t. X-B, p. 893.

Así como una historia general de México tenía que concebir al ser nacional como la suma del México prehispánico y del colonial en un solo proceso, y subrayar la trascendencia de cada una de las fases de la lucha por la independencia, así también tenía que unificar las acciones de liberales y conservadores, demostrando que ambos grupos tuvieron entre sus intereses vitales la consolidación del México independiente. En otras palabras, Zamacois argumentó que cada grupo luchó en un afán por materializar su ideal de nación, planteamiento muy diferente al que la historiografía decimonónica venía haciendo. En este sentido, ni unos serían los traidores ni otros los héroes y, por ende, no existiría razón de los enfrentamientos partidistas. Por ejemplo, al momento de abordar la etapa correspondiente al imperio de Maximiliano, que corre en los últimos tres tomos de la obra, presentó, en un tono muy justificatorio, que la adhesión y colaboración al gobierno monárquico por parte de conservadores y liberales moderados obedeció a la imperante necesidad de estabilizar al país, y que por ello no podían ser considerados como desleales a la nación. De tal forma nos dice “los mejicanos, repito, pertenecientes al partido conservador, abrigaban la firme convicción de que Méjico iba a entrar en una era de ventura, de prosperidad y de grandeza”.³⁷ En esta forma, José Fernando Ramírez, Manuel Orozco y Berra, José María Lacunza, entre otros, quedaron exonerados por Zamacois ante la historia.

Por su parte, apoyado en fuentes surgidas de la pluma de autores de tendencia liberal, resumió las acciones en el campo de batalla del ejército liberal, sin que en el recuento olvidara subrayar que éste fue comandado por una pléyade de valientes militares con sólidos principios morales. Habló, por ejemplo, de las dotes como estratega de un Porfirio Díaz y describió a Vicente Riva Palacio como “hombre de humanitarios sentimientos y de distinguidas maneras”.³⁸ Inclusive, constantemente, mostró su simpatía hacia la resistencia republicana afirmando que “los que combatían sosteniendo el gobierno de don Benito Juárez, defendían las instituciones republicanas y la Constitución de 1857. Para ellos ésta era indispensable si se quería que aquéllas fuesen fructuosas y el país llegase al colmo de su engrandecimiento”.³⁹ Con base en esta clase de argumentos, criticó tanto a Maximiliano como a la prensa imperial por aseverar que los republicanos eran unos simples bandidos.

³⁷ *Ibidem*, t. xvii, p. 187.

³⁸ *Ibidem*, t. xvii, p. 509.

³⁹ *Ibidem*, t. xvii, p. 334.

TRASCENDENCIA DE LA OBRA

Poco conocemos de la trascendencia que tuvo la producción historiográfica de Niceto de Zamacois en el ámbito del México porfirista. Es innegable que un sinnúmero de familias de aquel entonces adquirió y leyó la obra. En el caso de los historiógrafos de ese momento tenemos que el controvertido Francisco Bulnes la consideró una fuente importante de consulta, pero nunca bajó a su autor de monarquista. Por su parte, en 1884, el filósofo Agustín Rivera y Sanromán, en su obra *Principios críticos sobre el virreinato de la Nueva España y sobre la revolución de independencia*, arremetió en contra del discurso apologético de la Conquista de Zamacois. Sin embargo, Rivera no encontró eco en una sociedad más tendiente a la reconciliación. En cuanto a la importancia de la obra en tiempos de la Revolución Mexicana, sabemos que Francisco Villa aprendió a leer con ella y que Venustiano Carranza la estimó entre sus clásicos historiográficos. En nuestros días, la mayoría de los investigadores se apoya en la obra, sobre todo en los tomos correspondientes al imperio de Maximiliano, por la riqueza informativa que registra.

CONCLUSIÓN

Si bien la *Historia de Méjico* de Niceto de Zamacois presenta una serie de limitaciones como desproporción en el tratamiento de la obra, falta de profundidad en muchos de sus argumentos interpretativos o a veces exceso de fantasía romántica, ello no invalida su aportación a la historiografía mexicana. No cabe duda que su anhelo de reconciliar a los mexicanos, escindidos en luchas partidistas, el ser testigo ocular de un sinnúmero de sucesos en nuestro país, la ardua tarea de recopilación documental y, finalmente, la confección de una de las primeras historias generales de México le otorgan su trascendencia.